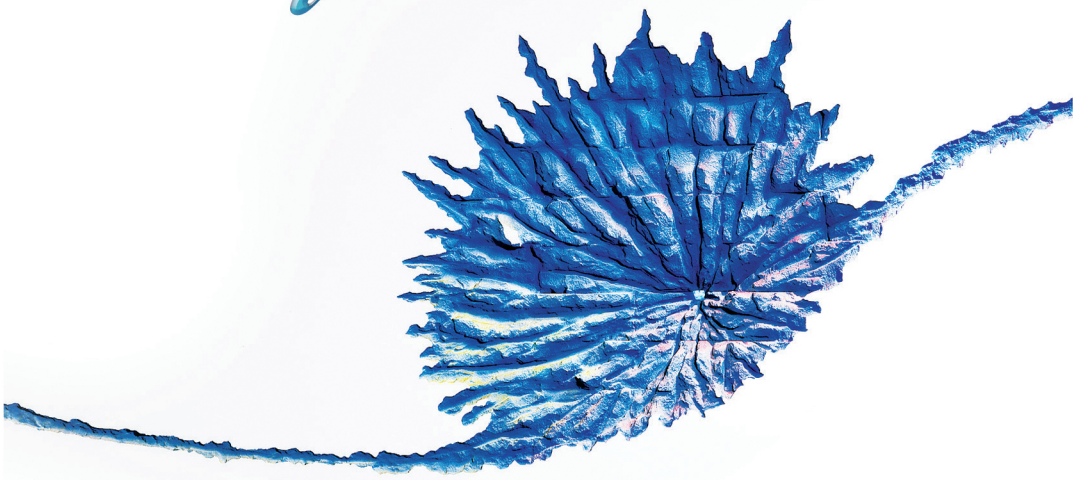
Cambiar de piel



Angela Zaffina

Vision Libros

CAMBIAR DE PIEL

CAMBIAR DE PIEL

Angela **Zaffina**

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 CAMBIAR DE PIEL
© Angela Zaffina
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

Título original: “Cambiar Pelle”.
Traducción: Cipriano Camarero Gil.

Ilustración de cubierta: Fiorenzo Zaffina, pintor y escultor.

ISBN Ebook: 978-84-15965-38-1
ISBN Papel: 978-84-90115-70-1
Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook
www.vnetlibrerias.com
www.terrabooks.com

Pedidos a: pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

A mi amado esposo y compañero de "viaje" Francesco.
A mi hijo Antonio y a su hermosa familia.
A mi hija Silvia que vive y trabaja en Colombia.
Agradezco al "silente grito" de mi pequeño Marco, que me permitió expresar, a pesar de todo, cuán extraordinaria es "la perfección de los eventos".

A mi querido y estimado amigo Cipriano, que llegó a mi camino y no por pura casualidad, que ha permitido a mis lectores de lengua española de 21 países del mundo, leer y vivir… "CAMBIAR DE PIEL".

PRÓLOGO

Un viaje más allá del tiempo y del espacio, con momentos difíciles y dolorosos, pero también lleno de recuerdos amables y sutiles, embriagados de sentimientos de luz y belleza, de ternura y coraje, allí donde lo que realmente cuenta es el "Cambio". Un cambio entendido como otra manera de mirar, sentir y comprender desde el propio interior, comprometiendo a toda la persona, como enfrentándose a la vida desde una NUEVA PIEL.

Es la historia de una mujer que descubre y desvela para sí misma el secreto de toda curación para las enfermedades que hieren la mente y el alma, sin temer a dónde puedan conducirla los imprevisibles caminos que llevan al conocimiento.

Por dos veces en el umbral de la muerte, consecuencia de graves errores humanos y por reincidencia de los acontecimientos, la autora, hundida en la más desoladora depresión y sin respuesta a sus "porqués", escucha la diatriba interior, y como en un eco resuenan en ella las perentorias palabras: "…Angela, en ti está la posibilidad de vivir o de morir. Si tú quieres, vivirás; si no quieres, ¡morirás!". Acuciada por una sacudida interior irresistible, Angela escoge vivir, y emprende su propio recorrido en la búsqueda de lo Bueno, lo Bello y lo Verdadero.

Una búsqueda que la lleva a descubrir la autenticidad para cambiar el presente próspero y halagüeño, pero atenazado por el miedo, por un futuro incierto, pero libre. Es un reventar los candados del conformismo, romper anclas del pasado, y cuestionar el valor dogmático de nuestras percepciones.

El lector encontrará en estas páginas fuerza, dignidad, elegancia y responsabilidad en la convicción de obedecer al propio yo en una compenetración objetiva de lo real y lo irreal del presente, en armonía con la vida en alas de la libertad.

Bien lo resumen los versos de Krishmamurti:

"Yo he alcanzado los cielos abiertos de la Liberación,
y nunca más seré atado,
nunca más seré sometido a estrechas limitaciones.
Quisiera empujar a otros a alcanzar esta Liberación,
pero cada uno debe encontrar el propio camino,
que es el camino directo de la comprensión.
Los hombres pueden buscar la Libertad
por distintos caminos, pero al final,
la vida les obligará a volverse hacia el verdadero sendero
de la comprensión que está dentro de ellos".

Cipriano Camarero Gil

5 de septiembre, 1964

"... Angela, ve con tu hermano, mi niña, ¡deprisa!", me susurró acariciándome el cabello. Me desperté sobresaltada y vi el rostro pálido y desorientado de mi madre que desapareció al otro lado de la puerta cerrándola rápidamente tras de sí. Mi hermano Fiorenzo, de pie junto a mi cama, asustado y mal vestido, se secó las mejillas con el dorso de las manos, como para disimular y respetar delicados equilibrios, el suyo y el mío, creo.

"¿A dónde tenemos que ir?" pregunté somnolienta.

"A casa de tía María" respondió, mientras agachado me anudaba las sandalias.

"¿Qué…?" pregunté, "¡…si aún es de noche!"

Sin responder, me puso sobre el pijama un gran suéter que no era mío, me agarró fuertemente la mano y me llevó a lo largo del pasillo donde estaban de pie algunos vecinos de casa silenciosos y cabizbajos.

A través de las ventanas abiertas de par en par soplaba invadiendo corredores, escalera y estancias, el aire frío de la noche; presentí un malestar anómalo, un extraño presentimiento mimetizado en la naturaleza, que oscuro e implacable se deslizaba por doquier para cumplir inexorablemente su cometido.

Del interior de la habitación cerrada de mamá y papá llegó un grito desesperado: "¡Oxígeno… rápido, oxígeno!"

Las camas de Lillo y Gianna estaban deshechas y vacías.

Fiorenzo me miró aterrorizado a los ojos e impulsivamente me arrastró hacia la escalera exterior, saltando los dos últimos escalones y no precisamente jugando.

A todo correr. En las calles desiertas resonaba solamente, ensordecedor y descompasado, el chancleteo de nuestras sandalias sobre el adoquinado; el miedo se atrincheró en mi corazón; y como si de una película se tratase, veo todavía deslizarse ante mis ojos aquellas casas fantasma, como perfiles acartonados, que, cerradas, silenciosas y austeras, contaban sus fatuos sueños a la luz de las farolas encendidas.

Tres perros vagaban por la calle y otros dos se peleaban rabiosos las sobras de comida entre las bolsas agujereadas al pie de un contenedor. Detuvimos la marcha ansiosos y cogidos de la mano, mirándonos con ojos asustados y mudos; lentamente nos atrevimos a continuar, con el terror aferrado a las mandíbulas: la meta comenzaba a parecer inalcanzable y comencé a temblar sintiendo el agotamiento de las fuerzas, pero me dejé arrastrar por la presión de la mano de mi hermano, y, como por ensalmo, me encontré sentada sobre el escalón de la casa de mi tía, agotada y jadeante.

Fiorenzo ya había llamado y desencajado me animó con voz vacilante: "…Hemos llegado". Enseguida se abrió la puerta. "Vuestro padre ha empeorado, ¿ver-

dad?" Tía María nos abrazó afectuosamente y de inmediato corrió a su habitación para prepararse: había entendido.

Esperamos sentados e inmóviles en el salón uno junto al otro, pesada y abatida la respiración, el cuerpo cansado e inerme. La mirada, perdida en el vacío, lentamente enfocó el manojo de flores frescas que tenía delante de mí: dos preciosas campánulas amarillas caían armoniosas a la altura de dos retratos que poco a poco identifiqué, y un escalofrío recorrió mi columna bien erguida sobre el respaldo cuando observé los ojos piadosos del difunto abuelo y de tío Pascual fijándose en los míos.

Yo había cumplido ocho años el 31 de mayo y aquel breve lapso de vida constituía ya una visión armoniosa, amor profundo, toma de conciencia que sobrellevaba mi estado de ánimo en aquel eterno instante de desoladora verdad. Apresé las fuerzas del cielo y de la tierra en un único suspiro y con corazón puro de niña escuché mi propia voz expresándose en el silencio: "Haz, oh Dios, que yo vuelva a ver a mi padre".

En un abrir y cerrar de ojos, nos vimos de nuevo en la calle para recorrerla en sentido inverso, aferrados a la mano de tía María que nos confortaba y daba ánimo conteniendo con dignidad su dolor. Ya en casa, las sonrisas habían aflorado en todos los rostros, me volví a encontrar en brazos de mi querido papá como en un sueño, pegada a su cuello sobre el camastro. Y alrededor, mis hermanos, mi madre, la abuela Giovanna, la abuela Angela y el abuelo Luigi, los tíos, los familiares,

los amigos, los vecinos de casa, el querido médico de familia y el cardiólogo. Un cuadro de rostros luminosos, amables y serenos que permanecerá para siempre entre los fotogramas imborrables de mi vida.

Pálido, como nunca le había visto, mi padre esbozó una sonrisa tierna, y con débil voz pronunció unas palabras extraordinarias e indelebles: "La vida me ha dado un gran regalo,… ustedes, mis cuatro hijos, nacieron en las cuatro estaciones, y yo me siento completo y en armonía como lo es el ciclo del tiempo, y su madre, es el don más inmenso. Nicolina, me traerás aunque solo sea una flor, y vendrás a visitarme siempre, ¿verdad? …Dicen que un ángel nos invitará a beber el agua de "olvida mundo"… cuando estemos en el más allá… pero yo no beberé de esa agua… porque no querré nunca olvidar nada. Angelita querida, tú eres la más pequeña, …oh mi primavera, perdóname, mi corazón está un poco enfermo y se me hace que ya no podré estar junto a vosotros como quisiera. A ti, Lillo, que eres el mayor, te confío el cargo de jefe de familia…. Ámalos de corazón". Un suspiro le cortó la respiración y se fue.

Me despegaron de sus brazos, el doctor volvió a colocar la máscara de oxígeno, su cuerpo cada vez más blanco y flácido rebotaba bajo las fuertes presiones del cardiólogo sobre el tórax, quien en vano intentó reactivar el corazón agotado, hasta que finalmente apartó la máscara de oxígeno.

Los gritos y los lamentos quebrantaron el silencio de respiración contenida por la espera y se alzaron como flechas en el cielo infinito en un vano intento de alcan-

zar y recuperar aquella vida que, ajena a nuestra llamada, se alejaba volando. Cada uno daba rienda suelta a la propia desesperación, mientras yo permanecía acurrucada en un rincón de la estancia, olvidada ya de todos. Incrédula, probé mi primer verdadero dolor, sentí aquel sabor a través de las rodantes lágrimas que tragaba sin parar junto al real misterio.

Aquel estado de ánimo, franco y limpio, desvelaba la sutil y verdadera comunicación acaecida entre los mundos, algo milagroso[1] había tenido lugar en aquella evocadora comunión de miradas piadosas y electrizantes entre mí y mis queridos difuntos…, y fuerzas secretas habían permitido a mi papá retrasar el momento de su partida para poder abrazar una vez más nuestros cuerpos débiles y abatidos.

Fue así como, por primera vez en mi vida, percibí la vislumbre de la fe como recurso del corazón, como confianza, como alegría y certidumbre de ser. Entidades minúsculas en un gran Uno colmado de Amor que late y palpita en el más pequeño de los átomos y en la mayor de las galaxias.

---

[1] "No creer en milagros no da derecho a creerse más confiable ante los ojos de la sociedad. Hay una inteligencia creante que propaga la vida desde antes que el tiempo fuera tiempo, desde el lugar en el que el tiempo y el espacio no existen, donde todo es presente en un instante que es la eternidad, porque pasado, presente y futuro, coexisten en el mismo átomo. El átomo divino, el que baja sus frecuencias y se alquimiza en un átomo material, para que el hombre pueda probar aquel "finito" y poco a poco descubrir que dentro de él, está el infinito".

Jusy Zitoli, "El rescate de nuestras alas", Editorial Vitanova-M.I.R.Editorial